

LA MISERIA DE UN BURGUEÉS

José Camacho Algaba

Llamábase nuestro protagonista don F.X., de 50 años, solterón y poco crédulo en la amistad por suponer que en el hombre solo hay falsías; avaro hasta la sordidez y gran entusiasta de las mujeres de nácar y rosa y algo así de la flor del granado por labios...; el delirio...

Era en lo único que no admitía el engaño; creía que el mejor amigo del hombre es la mujer y, sin embargo, jamás acarició la idea de que le entonaran el epitalamio. No, esto era costoso, amén de la sujeción que aborrecía.

Le halagaba más saltar el cercado del corral ajeno y aun cuando estas cosas tenían sus peligros, que conocía como perro viejo, afrontábalos el muy canalla con un valor digno de mejor causa.

Dije que el señor X era avaro en extremo, pero no para su persona. Comía bien, vestía mejor y fumaba de lo más selecto.

*

**

Tuvo el solterón, albañiles en su casa, y como la miseria más refinada dominaba en su emponzoñada alma cuando se trataba del prójimo, fuese al estanco, iinfames costumbres!, y compró, con harta pena, unos indecentes pitillos, los cuales, a su solo olor, caían de espaldas al más robusto carabinero.

Repartió el tabaco entre el alarife y peones, quienes, al chupar y tragarse el humo, sintieron en la laringe oleadas de fuego.

¡Profunda tos invadió a aquellos hombres; miraron el pitillo y le tiraron con rabia unos, otros siguieron fumando con ansias...!

Poco después sacó el amo un librito de zig-zag y una hermosa petaca de piel costosa, con sus iniciales de oro artísticamente entreladas; lió un cigarro, y no teniendo cerillas o queriendo economizarlas, pidió a uno de los albañiles *sus ardores*.

El obrero, dejó presuroso la espuerta y azada y presentó entre sus dedos sucios y callosos el humeante pitillo, ya de un color amarillento terroso, sin duda por la tóxica nicotina del tabaco de poco precio.

El señor X, cogiólo con visible repugnancia: hizo un gesto de náuseas y sin darse cuenta ni premeditar lo que iba a decir, repuso en todos de ironía.

-¡Qué cigarro tan asqueroso y tísico fumas, muchacho!

El albañil dejó caer su mirada triunfal y aplastante sobre D.F.

Este comprendió en el acto y quiso abofetear en el acto su boca pecadora y como un cobarde, bajó humilde sus ojos y la palabra perdón pugnó por brotar de sus labios trémulos...

¡La plancha era fenomenal!

El obrero, implacable, y casi en su oído y con voz trepidante:

-¿Con que ice V. -repuso- que el pitillo que me jumo es asqueroso y tísico? ¡Ja, ja, ja! ¡Pues sí es el mismo que usted me ha dao...!

¡Los demás trabajadores se enteraron por lo que encontró ecos la carcajada!

El dueño, el que pagaba a aquellos hombres que reían hasta verter lágrimas que limpiaban con los extremos de sus blusas, dio media vuelta y sin osar pronunciar frase alguna, alejóse corrido, azorado... no sin oír alguno que otro adjetivo que hicieron asomar a su semblante el más subido arrebol...

Don Benito, septiembre de 1908